

VVAA, *Aldea poética III. Haiku*, Madrid, Ópera Prima, 2005

La Editorial *Ópera Prima* ha lanzado en su colección *Aldea Poética*, el tercer número dedicado al haiku en lengua castellana.

Desde que en 1686, **Matsuo Bashô** en plena Edad de Oro de las letras, también niponas, compusiera: "Un viejo estanque; / se zambulle una rana, / ruido de agua", la mirada del poeta se detuvo en el instante vivido, en la brevedad del lenguaje, en la conjunción natural con el universo y en la reflexión. Fue la filosofía sensitiva oriental la que encontró la llave del haiku a través de poemas descriptivos de tres versos, heptasílabos a lo más, y carentes de puntuación que los comprima o les distraiga. Desde acá nuestros poetas más primitivos contemplaron la naturaleza con una intención más de identificación que de reflexión, en ese diálogo constante entre el "yo" lírico y su receptor "Pues todas las aves vuelan, / corazón, / pues todas las aves vuelan, / volad vos" decía Juan Timoneda.

Esta tensión dramática la sentimos también en **Jorge Burgos** quien en su poema *Mañana* describe como "cantan los pájaros. / No les he dicho nada / de tu partida". Aquí, como en nuestra poesía, la naturaleza está puesta al servicio del hombre, del mismo modo que en la *Égloga Primera* de Garcilaso de la Vega. Recordamos: "Después que nos dejaste, nunca paces / en hartura el ganado ya, / ni acude el campo al leñador con mano llena (...)"

Es difícil encontrar la **impersonalidad** del haiku en nuestra lírica, altamente emotiva, personal y plagada de connotaciones, símiles y metáforas que elevan la mirada al sentimiento y al compromiso humano: "porque duerme sola el agua / amanece helada" dice nuestra lírica tradicional y **Montserrat Doucet** en un feliz hallazgo contempla como "sobre la nieve, / las flores del almendro / arden livianas". No es tanta la distancia entre una y otra poesía aunque los orígenes sean tan distintos.

El gran poeta **Benítez Reyes** recrea en este libro el motivo de la religión del amor, la enajenación personal y la idolatría "si el vacío me mira con tus ojos / vale más el vacío que la vida" con la que tantas veces nos toparemos en la Edad Media y el Renacimiento, "sin Dios, y sin vos, y mí" en boca de Manrique. También encontramos atisbos de *Carpe diem* en el haiku que **Javier Gil Martín** titula, -contra el gusto japonés que en alarde de concisión lo evita-, *A tientas* y que declara "quiero perder / tu rastro mientras pueda / asir tus manos" asegurándose el gozo del presente frente a cualquier otro momento histórico, en este caso el pasado que el tiempo se llevó (*tempus fugit*) en donde también veremos instalado a **Luis Alberto de Cuenca** "Ya no dibujas / en los muros del alba / falos y vulvas".

La música nos la acerca al verso **Alonso Salas Machuca** por medio de personificaciones aliteradas, descubriéndonos el aroma del otoño: "Sacude el viento: / se agolpan en el alféizar / semillas secas". Tampoco falta el ojo atisbador de la religión confucionista de **Jesús Munárriz** "Quinientos tordos / posados en los cables / mirando al frente" que trae el encuentro de los mundos, el de la naturaleza y el (in)civilizado en esa lucha constante por integrarse aquél en éste. Reincide en el mismo motivo Guillermo López Gallego en su "pícan los pájaros / el mortal traqueteo / del helicóptero".

Luis Ángel Morant "Comed oruga / y la hoja os vestirá / de mariposa" recupera la visión franciscana de la ternura y el humanismo extremo de **Issa Kobayashi** (1762-1826) poeta de la escuela de Onitsura quien proclamaba su amor por el

mundo y por las cosas insignificantes: “Las pulgas se han salvado del incendio y han venido a refugiarse aquí, conmigo”. Tres siglos después nos lo encontramos en nuestra antología con **Diego Villegas**: “Ya se quebró el vaso/ no recojas nada/ todo está en su lugar” anteponiendo el orden natural al poder humano.

Los temas de la reciente publicación de *Aldea poética III* danzan entre la muerte, los recuerdos, el tiempo y el amor; temas líricos por excelencia y, como hemos visto, con un tratamiento similar a como se ha hecho a lo largo de nuestra, ya nada joven, literatura. No faltan los temas bíblicos como en el poema de **Antonio Gómez** o el de **Sofía González**. También encontramos sentencias socráticas en **Alberto Cordero**: “No teme caer el pájaro cuando vuela,/ sino no poder despegar/ cuando anda”. Tampoco está ausente la plasticidad en los poemas de **Antonio de Villena** que recrea al manierista Caravaggio o **Carlos Pardo** que transfigura una obra fluvial del impresionista francés Monet en un lienzo expresionista y escatológico. **Antonio Manilla** se detiene en el paisaje helado aprovechando su manto cromático para la contraposición.

Si son los pájaros, el agua, las piedras o la luz; si utilizan versos pentasílabos y octosílabos; si se titulan o no; si no tienen rima o si su estilo es nominal, sencillo y conciso, no va a hacer que dejemos de sentir como nuestras estas creaciones que bajo un nombre nipón esconden lo más tradicional de nuestra poesía.

Son pocos los poemas en que nos hemos podido zambullir y los nombres que han salido de la antología. Por ello parece necesario recordar que son un total de ochenta y un poeta, embarcados en una empresa común: la de perderse en la naturaleza formando parte del pensamiento, de la reflexión que les ha llevado a ellos a encontrarse con nosotros.

Elvira Calvo